

bras o realiza hechos que antes no escandalizaban a nadie.

Y ante este espectáculo, ¿cuál debe ser la misión de lo que llamamos un intelectual? ¿La de lanzarse también a la vorágine de la pasión, o la de predicar amablemente el respeto para todas las opiniones y la tolerancia para el libre desenvolvimiento de la personalidad? El ambiente de coacción moral de que hablamos con referencia a los años de la guerra, puede darse en un país con motivo de un cambio de régimen. En España se ha producido. Los hechos del 11 de mayo y siguientes crearon un ambiente tal de coacción moral, que ha invalidado la libertad de pensamiento. Por causa de esa enorme coacción moral, las elecciones legislativas han dado el resultado que han dado, y no otro, como pudieron darlo, si la burguesía española, que es la que ha traído la República, hubiera intervenido en esa contienda, en vez de marcar su desvío, coaccionada por los hechos aludidos. Y si por causa también de ese ambiente de coacción un periódico no puede decir todo lo que quisiera decir, ¿de qué valdrá la libertad de expresión que se consigna en las leyes? Legalmente, en este régimen, habrá la misma libertad o más que antes; pero prácticamente habrá menos.

Leíamos estos días una nueva vida de Mariana Pineda; condenada esa inmortal mujer, intentó fugarse; iba por la calle perseguida, y se escondió en un portal, cuando desde una ventana una vecina gritó a los perseguidores: "¡Ahí está!" Y en ese grito se halla condensado todo un estado nacional de dureza, de crueldad, de fanatismo. El espíritu de ese grito lo vemos, por ejemplo, en la calle, cuando una señora vestida elegantemente lleva de la mano un niño, y el niño—una criatura de tres o cuatro años—llora, cansado, fatigadísimo de caminar uno o dos o tres kilómetros. La madre, con su traje elegante, y atendiendo a las conveniencias sociales, no puede tomar en brazos al niño, y el niño va casi a rastras, gimiendo, llorando. Pues desde ese gesto de crueldad hasta el nombramiento de la Comisión de Responsabilidades, en la Asamblea Constituyente, hay toda una gama de dolor y de dureza que pinta un estado de conciencia nacional. ¡Ahí están! Ese es el grito de la Comisión de Responsabilidades. ¡Ahí están! Están en las cárceles, en la emigración, esperando el fallo que demos nosotros. ¡Ahí están! El grito de la mujer de Granada era perfectamente justo; se servía con él a la Justicia; era una obra de patriotismo la que esa mujer realizaba. Obra de justicia y patriotismo es también la que van a realizar los señores de la Comisión de Responsabilidades. El que no lo crea así es un impunista, un partidario del antiguo régimen. La justicia, la más estricta justicia, lo que reclama es que se castigue a los que delinquieron. ¡Ahí están! Sigamos la obra del canibalismo español; que no se interrumpa, ni por un momento, la

## Renuevo

—Envío del autor—

*¿A dónde irás cuando tú mueras?  
"A donde están las cosas por nacer",  
allí a ser puñado, entre mis sacras eras.  
Pero allí, allí también te he de querer.*

*¿A dónde iré yo cuando muera?  
Donde los míos esperan su turno de nacer;  
y otra vez, ya todos, todos juntos  
dulce dolor fuera volver.*

*¿Que a dónde iré cuando yo muera?  
Hay un lugar que a mí me espera  
y acaso escriba Primavera:  
"Aquí sólo hay lugar para querer".*

Max Jiménez

Coronado, Octubre 13 de 1931.

historia de crueldad y de persecuciones que comienza en la más remota antigüedad. ¡Ahí están! En las cárceles o en el destierro, esperando nuestra sanción, la sanción de quienes van a realizar una obra de alta justicia.

El maestro Montaigne no diría eso; con horror se cubriría el rostro. ¿Qué más sanción que un cambio de régimen? Una revolución es un cambio total, en las costumbres, en las leyes, en la justicia, en la política. Cambiar un régimen es hacer

liquidación de todo lo pasado. No nos acordemos más del pasado. En los primeros momentos de un cambio de régimen, son excusables todos los excesos; la pasión, el enardecimiento, lo hacen perdonar todo. La intemperancia de palabra es corriente en todos. Pero el tiempo pasa; la serenidad se hace; las pasiones se calman. Y entonces no debemos tener sino olvido para las instituciones y hechos antiguos, y respeto para quienes fueron vencidos. Respeto para todas las personas, desde el jefe de Estado caído hasta el más humilde de sus partidarios. Y sólo así, sólo con este ambiente de serenidad, de ecuanimidad, de alteza moral, es como se consolidan verdaderamente las nuevas instituciones, y como se ganan las simpatías de todos los ciudadanos. ¡Ahí están! Ese grito es para nosotros una pesadilla. ¿Qué más sanción para un hombre del antiguo régimen que ver desaparecido todo lo que él amara y propugnara? ¿Y quién es el que en política puede levantarse a condenar a nadie? "¡Cuántas condenaciones no he visto más criminales que el crimen condenado!" Así exclamaba el maestro. "Combien ai-je vu de condamnations plus crimineuses que le crime!"

Leamos a Montaigne; su lectura es una eficaz higiene espiritual.

A z o r í n

## Contra la política del odio...

(Viene de la página 233.)

los egoísmos y las cóleras". ¡Qué hermosa política la que se resume en estas palabras! La política del odio es la que hace infecundos todos los movimientos nacionales. La política del odio es la política del sectarismo. Un sectario es un hombre para quien los matices no existen. Un sectario es un ciudadano a quien los hechos no dicen nada. El hombre que se halla en la región opuesta del sectarismo es, por ejemplo, el querido maestro Miguel de Montaigne. El sectario, generalmente, se apoya en una idea excelente; la base de los sentimientos de un sectario es casi siempre laudable. No se puede negar al sectario un fondo de nobleza y de rectitud en sus sentimientos y en sus ideas. Pero lo que sucede es que lo que había de ser fluído y flexible, se torna anquilosado; la vida, que es como decía Montaigne, "un movimiento desigual, irregular y multiforme", se fossiliza y se detiene. Si quisiéramos darnos cuenta de este singular fenómeno, no tendríamos que hacer más que observar lo ocurrido con las propias doctrinas del maestro. ¿Qué influencia habrá tenido en el pensamiento de Montaigne un español? Es decir, ¿cómo habrá influído en la sensibilidad de Montaigne, Raimundo Sabunde, con su Teología natural? Si abrimos este libro, veremos que el autor, lejos de escribir una obra en abstracto, árida, seca, se va elevando desde el cosmos, desde los

minerales, desde las plantas, desde las animalias, como se decía en la Edad Media, hasta las regiones divinas. Lo que en otro tratado sobre la misma materia nos parecería abstruso, aquí nos atrae; el procedimiento es el mismo que el que más tarde habría de emplear Fray Luis de Granada en su Introducción del Símbolo de la fe. Miguel de Montaigne, por consejo de su padre, tradujo del latín al francés la Teología natural, de Sabunde. Y en los Ensayos dedica a este libro sinceros elogios. Escribe, por ejemplo esta frase: "Je trouvoy belles les imaginations de cet aucteur". Las palabras son características. El libro de Sabunde está compuesto por bellas imaginaciones, y los Ensayos de Montaigne son, a su vez, bellas imaginaciones. ¿Qué es la imaginación sin sensibilidad? ¿Cómo pueden darse bellas imaginaciones sin sensibilidad? Y si se tiene sensibilidad, ¿de qué manera se podrá ser sectario? En uno de los capítulos de la Teología natural, el autor nos dice que una de las prendas del hombre sabio es no ser ni demasiado crédulo ni demasiado incrédulo. Y eso es todo Montaigne también. Pero lo que es fluidez y flexibilidad en Montaigne, va a convertirse en dogma de sectario. Un continuador del maestro, Pierre Charron, emprende la tarea de sistematizar la doctrina de Montaigne. El librito en que Charron codifica a Mon-